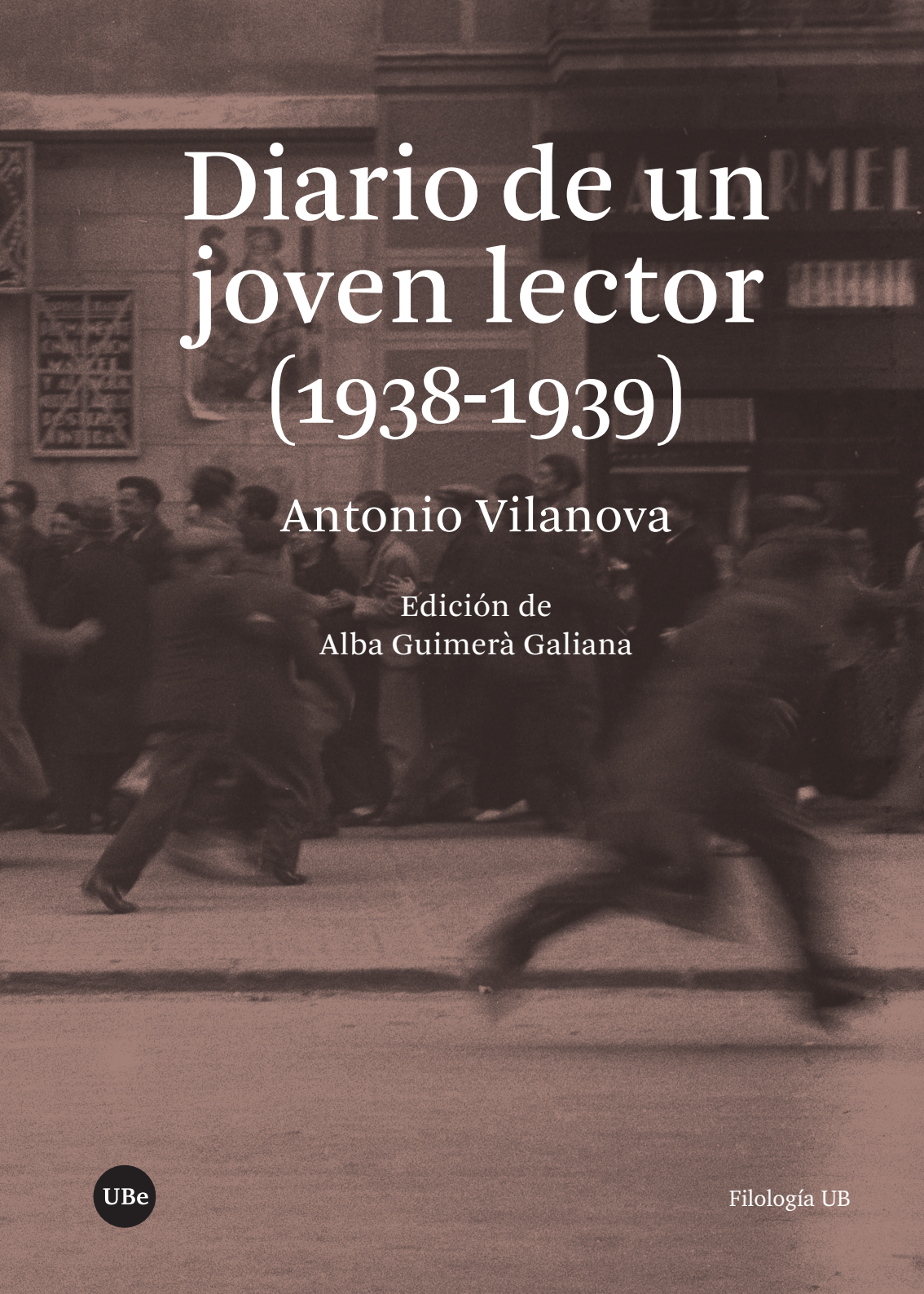




Diario de un joven lector (1938-1939)

Antonio Vilanova

Edición de
Alba Guimerà Galiana

Diario de un
joven lector
(1938-1939)

Diario de un joven lector (1938-1939)

Antonio Vilanova

Edición de
Alba Guimerà Galiana



UNIVERSITAT DE
BARCELONA

Edicions

Filología UB

Sumario

Perfil del profesor Antonio Vilanova (1923-2008), <i>por Adolfo Sotelo Vázquez</i>	9
El <i>Diario</i> en su contexto: un testimonio biográfico, histórico y literario, <i>por Alba Guimerà Galiana</i>	27
Criterios de edición	41
DIARIO	
Preámbulo	47
1938	51
1939	263
Índice de antropónimos	273
Índice de autores y obras reseñadas	279

Perfil del profesor Antonio Vilanova
(1923-2008)

I

Antonio Vilanova Andreu nació en Barcelona el 23 de marzo de 1923, en el seno de una familia de la acomodada burguesía industrial, la cual, según un fragmentario cuaderno de notas que fechó en 1949, «constituye la grandeza y el oprobio de Barcelona». Cursó los estudios primarios en la Escola Sant Jordi y en 1933 realizó el examen de ingreso en el bachillerato en el Instituto Jaime Balmes. Es durante la niñez cuando se fraguó su avidez lectora. En los últimos años de la Segunda República inició el bachillerato en el Colegio de los Hermanos Maristas de la calle Llúria, donde se enseñaba —son recuerdos de Vilanova— con «un sistema educatiu molt disciplinat, metòdic i sistemàtic, al límit del rigor». Durante la guerra civil y la inmediata posguerra completó sus estudios de bachillerato en la Agrupación de Doctores y Licenciados en Ciencias y Letras, donde siguió de cerca las enseñanzas del profesor de Literatura Española José Francisco Miralles, quien influiría decisivamente en su posterior dedicación al estudio de las letras hispánicas.

De la etapa de los Maristas data el comienzo de una larga amistad con dos compañeros del barrio que, andando el tiempo, serían dos de sus mejores amigos: el periodista y escritor Néstor Luján y el notario Francesc Goday. En los años de la guerra, la biblioteca del piso de Rafael Vilanova —excepcional biblioteca privada que heredó su hijo y que ahora custodia la Universidad de Barcelona— se convirtió en el permanente oasis de los tres amigos. Naturalmente, quien aprovechó más la biblioteca de su piso, en el número 24 de la calle Bruch, fue Antonio

Vilanova. Allí estaban los libros de su tío abuelo, Emili Vilanova, el gran escritor costumbrista, los libros de su abuelo y los de su padre. Sin duda, la biblioteca atestigua el linaje del que el joven estudiante se sentía partícipe: el de su antepasado Joan Vilanova, profesor de música, hombre de la Ilustración y lector de Voltaire y Jean-Jacques Rousseau.

A partir de 1938, la biblioteca de Rafael Vilanova se fue incrementando con las compras que hacía su hijo, quien al mismo tiempo leía con inusitada voracidad los libros atesorados en sus anaqueles. En un cuaderno en el que el joven Antonio Vilanova anotó las obras adquiridas por él entre enero de 1938 y enero de 1940, se referencian más de doscientos setenta libros, en tres lenguas: catalán, castellano y francés. Si bien domina la novela (la francesa y la rusa del siglo xix), sin desatender las grandes aportaciones del primer tercio del siglo xx (desde Virginia Woolf hasta Ramón María del Valle-Inclán), se advierte un interés muy notable por los estudios de crítica literaria: Charles Augustin Sainte-Beuve, Hippolyte Taine, Ferdinand Brunetière y —un ejemplo más— los tres tomos de *La literatura francesa moderna* de Emilia Pardo Bazán, que adquirió a finales de enero de 1939, mientras las tropas de Franco ocupaban la ciudad. La curiosidad intelectual y el refinado gusto del joven bachiller es bien patente a la luz de sus lecturas, impagable carta de navegación para el estudio de sus aprendizajes intelectuales, que tienen uno de los mejores documentos en el diario que edita en este volumen la profesora Alba Guimerà.

Llegado el verano de 1939, el joven Vilanova descubrió su vocación poética. Los primeros poemas que escribe —hasta el verano de 1940— se gestan en la ansiedad de la influencia de Juan Ramón Jiménez, en concreto, en la órbita de dos de sus obras maestras: *Eternidades* (1918) y *Piedra y cielo* (1919). Todo el quehacer poético del joven Vilanova está contaminado por la poesía desnuda juanramoniana. Incluso llega a intentar conformar un libro, *Poemas espirituales* (otoño, 1939), que es un homenaje al gran poeta de Moguer. Los poemas de estos meses nos revelan su primer amor, Carmen Arissó, a quien dedica varias de sus composiciones, al tiempo que se intuye una de sus pasiones adolescentes,

juveniles y de la primera madurez, la música, cuya presencia en las pro-sas dispersas de su archivo es notablemente amplia.

El 19 de agosto de 1940 obtuvo el título de Bachiller, con la máxima calificación, y en octubre de ese año comenzó sus estudios de Filosofía y Letras en la Universidad de Barcelona. Fueron profesores suyos Fernando Valls Taberner, Federico Udina, Mariano Bassols de Climent, Joaquín Carreras Artau, José María Castro y Xavier de Salas. Ya en 1943 se convirtió en discípulo del profesor Martín de Riquer, que será su auténtico maestro. Cuatro años más tarde, en 1944, se licenció en Filología Románica con el Premio Extraordinario de Licenciatura.

Los años de estudiante en la Universidad de Barcelona fueron muy fecundos, germinales, para su trayectoria, en un contexto en el que se amalgama su primera vocación poética con su cada vez más presente obsesión: ser novelista. Los poemas del año 1941 desvelan la influencia de Federico García Lorca y Rafael Alberti con sus aportaciones en la dirección neopopularista de la poesía española. El joven Vilanova compone poemas sin cesar; muchos de ellos son de materia amorosa y dedicados a María Concepción (Chita) Darné, Caridad Jorge, Carmen Gilera y Asenchi Madinaveitia. También son frecuentes los apuntes para novelas, que a medida que avance la década se harán más numerosos. En una nota manuscrita fechada a finales del verano de 1949, Vilanova escribió:

Una de las secretas tragedias de mi vida consiste en la incertidumbre acerca de mi propio talento. No me refiero a mi competencia profesional ni a mi talento crítico y erudito, que creo cierto, sino a mi capacidad creadora. A veces me desespera la idea de que toda mi inmensa curiosidad intelectual, todo mi mundo de ideas y sentimientos, se pierda como obra por falta de genio artístico. Ser un novelista sería mi ilusión mayor y mi máxima ambición estética.

Al margen de aquellas jóvenes con las que Vilanova mantuvo relaciones de amistad y de deslumbradores y primerizos enamoramientos,

una fuente de amistad y de reflexión fue Anna Maria Estelrich. En un apunte incompleto del 2 de julio de 1942 se lee: «L'Anna Maria que es fa estimar [...]. He dit a l'Anna Maria que no estimo la Chita i és veritat. Cada dia em vaig enamorant més i més de l'Asenchi». Y también María Antonia Vidal formó parte de ese enjambre de amistades femeninas sobre las que el joven Vilanova escribía expresando sus quimeras y sus sinsabores.

En paralelo se hallaba su formación universitaria, que fue completando en la facultad y en los cursos de Literatura Catalana Medieval organizados por el Institut d'Estudis Catalans y que impartía en su domicilio el doctor Jordi Rubió Balaguer.

Pero, sobre todo, destaca su capacidad lectora. Sus lecturas de esos años son oceánicas, impresionantes, tan solo comparables en número a la gran cantidad de audiciones de música clásica que acompañan sus soledades. Enumero algunas lecturas, correspondientes a 1942, de las que el archivo del profesor Vilanova guarda rastro: Fernando de Herrera, Juan de Arguijo, Luis de Góngora, Luis Carrillo y Sotomayor, Francisco de Rioja —entre la lírica española del manierismo al Barroco—, Stendhal, Marcel Proust, Thomas Mann, Aldous Huxley, Henrik Ibsen —los cito en el orden en que los va leyendo o relejendo—, Gabriel Miró, Stéphane Mallarmé, Michel de Montaigne, Juan Ramón, Virginia Woolf, Emily Brontë, Platón, Friedrich Hölderlin, Fiódor Dostoyevski, Gerardo Diego, G. K. Chesterton, Josep Maria de Sagarra, Benjamin Constant, Katherine Mansfield, Paul Valéry, etc.

Como le advertiría Josep Pla años después y recordó el propio Vilanova en un texto inédito sobre la que fue una de sus grandes pasiones literarias: «Este verano [1950] me dice Pla en Puigcerdà: “En sap vostè d'escriure. Sí, en sap! M'agraden els seus articles. Jo no sabia que a vostè li agradés escriure. En pensava que només llegia”». Para entonces, Vilanova había iniciado su labor como crítico literario en el semanario *Destino* (4/3/1950). Las bases de esa dedicación fundamental de su personalidad también datan de los años de sus estudios universitarios. En las revistas universitarias *Alerta* y *Estilo* publicó sus primeros

artículos de crítica literaria (15/8/1942 a 27/1/1945), bien estudiados por Alba Guimerà en su tesis doctoral *Los aprendizajes literarios de Antonio Vilanova y Néstor Luján: 1938-1950* (Universidad de Barcelona, 2016).

En *Alerta*, bajo la protección del médico Josep Espriu —hermano del poeta Salvador Espriu—, se fraguó la amistad de un grupo de amigos que tendría gran recorrido: Josep Piera, Joan Perucho, Nani Valls, Carles Fisas, Ventura Torres, Josep Maria de Martín, Francisco José Mayans, Néstor Luján y Antonio Vilanova. En una publicación rara y exquisita de 1944, 7, junto con las caricaturas que Martín hacía de sus amigos, se pueden leer unos breves perfiles de sus jóvenes personalidades. El de Antonio Vilanova reza así (el autor es Luján):

Antonio Vilanova es tan viejo conocido mío que no me recuerdo sin conocerle. Es tan viejo en mí como yo mismo. Lo viaja todo. Se ha metido hasta el bosque bucólico español. Ha leído hasta *Les aventures de Télémaque*, esfuerzo que solo hizo Fénelon al escribirlas, y es fama que no pudo repetir. Antonio me recuerda mi niñez y luego nuestras primeras poesías y nuestras primeras lecturas. Y la primera muchacha, contemporánea de las primeras poesías. Está saliendo a cazar en el campo de la Literatura con gran aparato de montería. Va para caza mayor y todos esperamos de él un buen botín.

Antonio es grave, pero con ratos livianos. Y con los pañuelos dulcemente floridos de pequeños tulípanes de carmín.

Falta en el perfil de Néstor Luján una mínima alusión a otra de las pasiones juveniles que les unía, la fiesta de los toros y, en especial, la devoción creciente por Manolete, sobre la que también se podría recoger un buen ramillete de juicios en los textos juveniles de Vilanova.

Cuando se disponía a realizar el servicio militar en las Milicias Universitarias, donde alcanzaría el grado de alférez, Vilanova era un brillante universitario y, sobre todo —lo que parece importarle más—, un crítico literario reputado. En una carta escrita desde San Juan de Mozarrifar (Zaragoza) —primeros tiempos del servicio militar— les dice

a sus padres, quienes le mandaban regularmente *La Vanguardia* y *Destino*, que Vicente Gaos le ha escrito comunicándole que «sabía por Dámaso Alonso y por Vicente Aleixandre que era el mejor crítico joven de España».

Los tiempos (marzo, 1945 – octubre, 1946) de San Juan de Mozarrifar, Alicante, Graus y Laspuña (Huesca), al margen de las obligaciones militares, fueron tiempos de lecturas y relecturas. Su padre era el encargado de suministrárselas, según sucesivos encargos de libros, y un bien nutrido grupo de amigos —a los que se sumaba un amigo perenne, Joan Bastardas— le mantenían en contacto con la vida cultural, literaria y académica. Los comentarios epistolares a su padre a propósito de algunas de sus lecturas son bien significativos: «Estic llegint *El árbol de la ciencia* de Baroja. És molt bo»; «Valle-Inclán, tan bo com sempre, amb la particularitat que el millor és, evidentment, el teatre»; o: «He llegit *Yerma*, que no coneixia i que és una meravella». En aquellos días, el alférez Vilanova fumaba Lucky Strike.

De esos tiempos data la preparación de su primer libro académico. Se trata de la edición, prólogo y notas de *Lo Somni*, de Bernat Metge, publicado por el Consejo Superior de Investigaciones Científicas (CSIC) en Barcelona (1946). Constituyó el crisol de su formación universitaria. Pero, en realidad, las horas de estudio e investigación son ya horas gongorinas, que tienen como centro el *Polifemo*. Estos pacientes y minuciosos, esforzados y detenidos trabajos culminarán el 14 de septiembre de 1951, con la lectura en la Universidad de Madrid de su tesis doctoral, *Las fuentes y los temas del «Polifemo» de Góngora*, dirigida por Dámaso Alonso. La tesis obtuvo dos galardones: el Premio Extraordinario de Doctorado y el Premio Menéndez Pelayo (1951) del CSIC.

En esas fechas, Vilanova ya era profesor de la Universidad de Barcelona, donde había iniciado en el curso 1946-1947 su larga andadura de maestro de varias generaciones de estudiantes. Se encargó de diversas asignaturas, pero hasta, al menos, 1959 su quehacer más constante estuvo vinculado a la Historia de la Literatura Española y sus Relaciones con la Universal, que era no solo una asignatura, sino también un

método cimentado en la literatura comparada; más aún, diría que era una vocación intelectual, que nos inculcó a todos los que hemos sido discípulos suyos.

II

La etapa que media entre el otoño de 1946 y el otoño de 1952 contiene las semillas de gran parte de su trayectoria personal e intelectual posterior. Quiero bosquejarla en dos vertientes, no porque estas resulten estancas, sino porque sus interferencias generan un conflicto personal que el futuro biógrafo de Vilanova tendrá que atender con esmero. La primera es la dimensión pública que completa su perfil intelectual de profesor de Literatura Española en la Universidad de Barcelona. La segunda —de corte más íntimo— tiene como momento cenital su matrimonio con Lolita Soler, el 12 de noviembre de 1952.

En cuanto a la primera, conviene anotar su participación como fundador y jurado en el Premio de Poesía Juan Boscán del Instituto de Estudios Hispánicos de Barcelona, desde 1949 y durante una década. Asimismo fue fundador y miembro del jurado del premio de literatura catalana Lletre d'Or, desde 1950 hasta 1973, año en el que, al cumplir Vilanova cincuenta años, se produjo su relevo estatutario. Además, en 1950 se inició su participación como jurado en el Premio de Novela Ciudad de Barcelona, que duró una década, y un año después fue elegido por Ediciones Aymá y Editorial Selecta como miembro del Premio Joanot Martorell de novela catalana, ejercicio que se prolongó hasta 1958. Seguramente me dejo en el tintero alguna que otra nombradía más, que vendría a corroborar el lugar axial que el profesor Vilanova ocupaba en la vida literaria barcelonesa, tanto en las letras catalanas como en las españolas. En cualquier caso, fueron el pórtico de su elección como miembro del jurado del premio de novela que lleva el nombre de Eugenio Nadal, concedido anualmente por Ediciones Destino; Vilanova formó parte del jurado desde 1959 (desde 1972, como secretario, sustituyendo a Ra-

fael Vázquez Zamora) hasta su fallecimiento: cerca de medio siglo de participación. Previamente había sido fundador y miembro del jurado del Premio de la Crítica (1955-1959). Esta notable contribución en los jurados de los premios literarios le llevó a utilizar las columnas de «La letra y el espíritu» para reflexionar sobre la crítica de los premios y el premio de la crítica en un destacado artículo (*Destino*, 9/3/1957), que es también una atinada meditación autobiográfica.

El lugar central del profesor Vilanova en la vida literaria barcelonesa y, por extensión, española se consolidó con el inicio de su colaboración regular como encargado, desde 1950 hasta 1966, de la sección de crítica literaria del semanario barcelonés *Destino*, en cuyas columnas Vilanova combinará equilibradamente las que venían siendo sus tres direcciones universitarias y eruditas: la literatura española, la literatura catalana y la literatura comparada, puente de plata para su interés por las literaturas europeas y americanas, que su epistolario certifica con un cierto orgullo e incluso inmodestia. «La letra y el espíritu» y «Literatura y sociedad» son los dos marbetes que el profesor Antonio Vilanova eligió para llevar a cabo la crítica literaria desde las páginas de *Destino*. Cientos de artículos avalan una preocupación inteligente, unas síntesis siempre realizadas desde una estricta justicia y unos juicios atinados y certeros, que convirtieron a su autor en el crítico literario de mayor modernidad del momento, junto con Josep M. Castellet.

Vilanova tomó como ejemplo y modelo crítico a José Ortega y Gasset, quizá una de las lecturas más fecundas y constantes de su juventud. El sólido soporte orteguiano del quehacer crítico de Vilanova no podía por menos que manifestarse como gavilla que recogiese el haz de sus artículos hasta febrero de 1962. «La letra y el espíritu» es un rendimiento de pleitesía al orteguiano *Espíritu de la letra*. Los dos sumandos nominales se repiten: la letra, el lenguaje, y el espíritu, la doctrina, «el vapor sutilísimo que exhalan los vinos y los licores», según una sugestiva acepción que conviene retener. La letra, la palabra, no encierra el significado de un texto, sino que desde ella se instaura un proceso espiritual —creo que el padre Feijoo lo llamó «tino mental»— que va más allá del medio lin-

güístico, constituyéndose en el meollo de toda interpretación, que en el caso del profesor Vilanova combina la tensión impetuosa en la raíz del propósito con la mesura delicadísima en sus realizaciones, sea —cito deliberadamente— sobre las obras de Josep Pla o Salvador Espriu, Albert Camus o Claude Simon, Thomas Mann o William Faulkner, a quien, por cierto, Vilanova dedicó tres memorables —por la oportunidad y la calidad— artículos a finales de 1950, con motivo de la concesión del Premio Nobel de 1949 al extraordinario novelista norteamericano.

Junto con estos dos aspectos capitales de su labor pública de intelectual y de profesor universitario, hay que consignar sus quehaceres como conferenciante, que le consolidan en dicho lugar de privilegio. Mencionaré dos episodios y un apéndice de una aventura que debería tener un amplio desarrollo y un discreto y oportuno narrador:

Viernes, 14 de enero de 1949. Vilanova dicta una conferencia, «Marino en España», en el Instituto de Cultura Italiana de Barcelona. La conferencia quería poner en relación la poesía religiosa y moral de Giambattista Marino con los poetas españoles del Barroco, desde Francisco de Quevedo hasta Pedro Calderón de la Barca. Vilanova celebró su éxito con Anna Maria Estelrich y los Riquer, Goday, Luján, Juan Ramón Masoliver, etc. En una anotación de varias semanas después, leemos: «Estaba también Lolita, la maravillosa adolescente que conocí en Puigcerdà y que ha venido a saludarme solo un momento sin hablar casi conmigo, pues ya me dijo que ella no iba a felicitarme nunca».

Viernes, 26 de mayo de 1950. En las sesiones literarias de la Casa del Libro (Ronda de Sant Pere, 3) se celebra el VI Centenario del nacimiento de Bernat Metge, ocasión, al mismo tiempo, de la aparición de sus *Obres completes*, prologadas por el profesor Riquer. Comentan la vida y la obra de Bernat Metge, además de Riquer y el propio Vilanova, Agustí Duran i Sanpere, Jesús Ernest Martínez Ferrando y Felip Mateu i Llopis. Salvador Espriu acude al acto, escucha con atención a Vilanova y unas horas después le escribe la primera carta de un epistolario apasionante: «Vaig ésser ahir a sentir-vos, a la Casa del Libro. No solament sabeu moltes coses, sinó que les sabeu dir: us felicito cordialment. Sempre vostre afm. Salvador Espriu» [27/5/1950].

El apéndice tiene fecha del 18 de junio de 1950. El Centro Gallego de Barcelona celebra la Fiesta Gallega de las Letras. Se falla el premio convocado sobre el tema de la influencia de la poesía trovadoresca provenzal en Cataluña y Galicia. El ganador —como se puede leer en la crónica de la fiesta— fue Antonio Vilanova Andreu, joven profesor de la Universidad de Barcelona y ya figura muy destacada de la crítica literaria. El lema en el que Vilanova había cobijado su trabajo era: «Del rosal vengo, mi madre, vengo del rosal». El título de su estudio, «Influencia de la lírica provenzal en la lírica catalana y gallega». El premio, mil pesetas.

Los episodios y el apéndice revelan la manera en que Vilanova presentaba en sociedad —la sociedad barcelonesa de los tiempos de silencio— sus conocimientos de filología románica, del mismo modo que se iba agrandando su figura de crítico literario. Entre 1948 y 1952, estos conocimientos de filología románica hispánica tienen hitos fundamentales en trabajos como *Erasmus y Cervantes* (Barcelona, CSIC, 1949), ediciones como *La lozana andaluza* (Barcelona, 1952) y ensayos y artículos sobre Miguel de Cervantes, Fernando de Herrera, Luis de Góngora o Calderón, entre otras figuras del Siglo de Oro de las letras españolas.

En el ámbito personal, la etapa que va del otoño de 1946 al otoño de 1952 conoce de sus relaciones amorosas y su matrimonio con Lolita Soler. Fueron unos primeros compases problemáticos, que dieron paso a más de medio siglo de matrimonio, en el que encontró las coordenadas placenteras para sus trabajos y sus días de profesor y crítico literario. Las anotaciones —cercanas a un diario— que escribe con una desesperante irregularidad nos ofrecen algunos datos inequívocos: Vilanova y Lolita se conocieron en Puigcerdà, durante el Curso de Verano de 1948, y su primer encuentro barcelonés fue la mencionada conferencia «Marino en España», pues Lolita era también licenciada en Filosofía y Letras y muy aficionada a las letras románicas. A lo largo del mes de febrero de 1949, Vilanova descubre que se ha enamorado de Lolita y lo escribe, situando este amanecer amoroso como réplica de los amores y amoríos de la primera juventud:

En el fondo me temo que me he enamorado de esta muchacha sencilla e ingenua, que desde un principio supo tratarme con una atrevida y cautivadora llaneza, que repentinamente abrió ante mí el mundo mágico de mi adolescencia perdida con el hálito dulce de una muchacha en flor. ¡Cuántos años hace que está perdido para mí este hechizo subyugante y tibio, ese maravilloso misterio del amor virgen de la mujer niña! ¿Por qué me he dejado arrastrar, desde mi primera juventud hacia el amor sensual, hacia el goce furtivo de la carne vedada, hacia la posesión sabrosa de la amante, y perdí tan pronto la ilusión de la novia que solo una vez logré tener? ¿Será el desengaño de aquella experiencia aburrida y triste con María Antonia? Y sin embargo probablemente fui injusto con ella. ¿Será el fracaso de mis amores platónicos y no correspondidos con Chita y Asenchi? ¡Dios mío, que sino trágico este de no haber logrado despertar un auténtico amor en las muchachas que he querido! Porque en el fondo yo no quería a María Antonia, y Ana María tuvo para mí un capricho sensual que mi inexperiencia y timidez torpe de adolescente no supo satisfacer. Me gustaría estar seguro de que esta inquietud que siento ahora es verdaderamente amor. Me gustaría haberme enamorado de Lolita.

El noviazgo oficial se iniciará en el otoño de 1949. En una de las anotaciones de esas fechas —siempre plagadas de juicios y opiniones alrededor de la música clásica— y mientras escucha la *Suite para cuerda* de Purcell —«el mayor genio musical de la Gran Bretaña», según deja consignado—, Vilanova escribe a propósito de sus años juveniles que morosamente contempla a través del recuerdo: «Todo este mundo que me parece borroso y lejano desde que mi amor por Lolita absorbe toda la pasión de mi vida, y que sin embargo forma parte de mi propia vida». He ahí la clave de los dramas sentimentales que frecuentan los años de noviazgo y los primeros de su matrimonio: la vida anterior, la que se alimentaba de otros amores, no acababa de desvanecerse y despertaba los celos de Lolita. Todo ello fue vivido desde un intenso y apasionado amor por la joven que había conocido en Puigcerdà y del que las anotaciones dan cumplido testimonio: «Deixo la feina un moment per escriure aquestes ratlles mentres escolto *La Vie en Rose*, que